

Reflexiones alrededor de la crítica en las artes escénicas

Por Patricia Cardona

El libro *Una mirada al teatro en México (2000-2010)* de Estela Leñero me provoca pensar en mí forzosamente. En él hay poco más de diez años de periodismo y crítica. Muy semejante a mi propia trayectoria cuando formaba parte del trajín del periodismo cultural.

Leo los textos de Estela y me regocijo por dos razones. Ella es espectadora, a la vez que creadora. Ambas viven en un mundo de subjetividad. Así, la espectadora, como la creadora, se comprometen con su propia dramaturgia.

El espectador, al igual que el creador, estructura los estímulos. Manipula, a partir de su propia subjetividad, los contrastes cualitativos de la información. Ambos seleccionan aquellos elementos que resuenan en su interior. Crean representaciones simbólicas de la realidad. Hacen abstracciones del mundo exterior, tomando pequeños fragmentos de la información y utilizándolos para representar una totalidad. Sacan conclusiones basadas en la razón y los datos. Proceden a utilizar la lógica y argumentos razonados.

Pero esto sólo sucede después de la aprehensión sensible del espectáculo. La percepción del espectador, como la del artista, es un proceso de selección. Su tarea es eliminar aquello que no haya sido codificado o estructurado suficientemente. Descarta todo lo que no interesa a sus necesidades emocionales, físicas, a sus referencias de vida, a sus expectativas del futuro. Su historia de vida es su archivo cultural y emocional y dicta la sentencia sobre la información recibida.

Estela Leñero nos ofrece a través de sus textos, sus pasiones, sus visiones sus expectativas. Pareciera que siempre ha asistido al teatro con intención de encontrar un espejo que refleje algo de su propia vida. Ha llegado a conocer el mapa de sus propias necesidades gracias a la descarga emocional de las auténticas acciones de actores verdaderos. Ha aprendido a expresarse gracias al hecho de descubrir que la palabra verosímil nace del cuerpo sensible de los actores y no del “cuerpo” impuesto de la “academia”.

Memoria y comunicación ven de la mano. Y el libro de Estela comunica con agilidad frescura, sencillez y una conmovedora honestidad.

Pienso que los críticos y periodista andamos tras la presa como el león que sale de cacería por las noches. La crítica y el periodismo, diría yo, son sinónimos de hambre, de sed. Y en el caso de Estela, la presa está en los teatros.

El crítico auténtico se aferra desesperadamente a la presa. La saborea, la esculca, la huele, la desmenuza. Descifra el secreto de la fascinación que ejerce sobre el cazador. Y entre más la conoce, más la guarda, la aprecia, la protege. El crítico reconoce que en los secretos de la creatividad está la invención de mundos imaginarios donde él se puede refugiar, donde él puede ejercitar su pasión donde él se puede descubrir a sí mismo. Es un espectador que entre más conoce, más exige, porque a fuerza de entender el fenómeno del arte, la artesanía y la construcción que lo sustenta, comprende que ciertas reglas deben ser cumplidas para que se libere eficazmente la explosión interna del placer estético.

¿No andamos todos tras la búsqueda del placer, del bienestar? Dudo que nos hayamos convertido en críticos para sufrir. Por el contrario, defendemos con fiereza y amor aquello que permite la entrada al mundo imaginario de la poética del escenario. Hay críticos que ejercen su criterio para defender las reglas de esa eficacia. Estela anda por esa vereda y en este libro presenta algunos de sus hallazgos.

En tiempos remotos para mí, cuando yo también ejercía la crítica y el periodismo, me preguntaba constantemente ¿qué somos los críticos para los artistas? ¿Somos capaces de brindarles la misma plenitud que los buenos actores y directores propician a nosotros? ¿Les provocamos ese impulso vital, ese descubrimiento de fuerzas desconocidas? Creo que si somos suficientemente creativos y humildes, dispuestos a entablar un diálogo justo y generoso, aunque muchas veces sea severo, podríamos convertirnos en verdaderos impulsores del movimiento escénico. Los pintores amaban y buscaban a Luis Cardoza y Aragón como las abejas buscan la miel. Porque la pasión y la creatividad son contagiosas.

Pero esto sucede únicamente cuando la crítica es investigación, acción, creación. Esto implica meterse en las entrañas del arte teatral. Implica conocer a fondo el oficio escénico. Y Estela lo conoce, sin duda alguna, por herencia y por vivencia.

Siempre recuerdo una frase del filósofo del arte Conrad Fiedler, quien en 1876 sentenció que las grandes obras de la inteligencia racional no alcanzan a ver las profundidades de donde surge la creación artística. Nos dijo a todos los pensadores de todas las épocas que el progreso teórico se pagaba con una pérdida del poder adquirido a través de otro tipo de conocimiento. Nos dijo que la lectura del arte no puede ser lineal. Es multifacético y multidimensional. Tiene que ver con el consciente, el subconsciente y el inconsciente, los cuales envían sus señales, signos y revelaciones mediante intuiciones metafóricas.

Estela es espectadora y creadora. Es periodista y dramaturga. Y crítica. Conjuga lo necesario para que su percepción enriquezca al lector con textos multifacéticos y multidimensionales.